Retrato del Fausto Aimára

EPITHYMBION

Fué noble, triste y grande!
Habitó un sueño
Como habitar el Ande.
Hombre sin dueño,
Fué Hermes y Apolo!
Volverá un día, grande
Y siempre solo!

TAMAYO.

SUELE verse un hombre bajo y fornido por las calles de La Paz. El cuerpo hercúleo, monolítico, aparenta pesantez, acaso porque la cabeza gravita en exceso sobre los anchos hombros; pero al echarse a caminar el cuerpo se agilita, cobra un ritmo elástico y marcial. Se piensa en el paso cauteloso y rápido del puma; o en la prisa silenciosa del indio, devorando distancias sin fatiga. Cruza las calles solitario, vestido de negro, las manos enguantadas y un bastoncillo de junco que contrasta con la solidez corporal. Bajo el sombrero, la cabeza genial parece olfatear el aire; es el motor primero, física y espiritualmente. ¿Quién es este hombre que avanza con un sentido interno de la marcha? El paso rápido le sirve para esquivar saludos; el gesto desdeñoso aleja importunos. ¿Por qué tamaña arrogancia? Dijérase un príncipe hindú: grande majestad en el porte: ascuas en el mirar. Mas el ritmo ágil de la marcha rompe la tesitura oriental; este hombre no camina, devora cuadras. Todo él montado sobre una red intrincada de músculos vibrantes y nervios tensos y finísimos, irradia una energía salvaje. Avanza en un silencio bravío, impresionante, que dice todo sin palabras. El pobla-

dor marcha con la fiereza que la tierra persiste. Así debió movilizarse el andícola, cuando el Ande florecía en imperios y señoreaba un continente. Paso de triunfador, no de vencido.

Voz sin eco, mano sin asidero, Franz Tamayo cruza silencioso por las calles de La Paz. Traspone los umbrales de la ancianidad, sin que nada acuse, exteriormente, senectud. Olvidado el hombre, caído el político, el artista no ha nacido todavía a la comprensión de su pueblo. Desde su derrumbe político trata sólo a dos, tres amigos; desde la muerte del hijo acaso a nadie. El pez negro, prisionero en el acuario del mundo, dora el agua con trágicos reflejos.

De pronto se acerca un importuno:

—Señor...

—Señor...

—Don Franz... Yo quería escribir sobre usted... Ignoro sus libros... Nada sé de su vida...

Enérgico e insinuativo, el solitario rechaza el pedido:

—¡Déjeme en paz, señor mío! Yo soy un pobre viejo que nada quiere para sí. ¡Amo mi libertad!

Y antes que el importuno salga de su sorpresa, Tamayo se aleja velozmente.

Tres hipótesis explican el aislamiento: la soledad congénita de los grandes creadores; la hurañía aisladora del aimára; el resentimiento contra el mundo. ¿En qué proporción se conjugan los tres factores? Si la amarga experiencia social torna adusto, receloso al hombre, el atavismo étnico y el temperamento emotivo conspiran a extremar la soledad.

El sudamericano —ha dicho un sagaz observador— es esencialmente taciturno; tanto más taciturno cuanto más profundo. Tamayo confirma el juicio. Un "ethos" racial y telúrico preside su aislamiento. Mas quien quiera calar hondo la psicología tamayana, debe conceder al temperamento hipersensible y orgulloso del artista el primer rango; a la incomunicabilidad aimára el segundo; y sólo el tercer punto a la decepción mundana, el enclaustramiento desdeñoso que precede y epiloga sus crisis espirituales. Orden justo, orden lógico, si se considera que Tamayo es, en escala descendente, un grande artista, un grande representativo de su raza, y un gran resentido. Para una metafísica del carácter, el solitario, antes que consecuencia de la pugna con el medio, es causalidad en eterno devenir de la lucha consigo mismo.

Otoño. Caen las hojas. Un piadoso olvido aletarga los recuerdos. Gloria... Honras... Ambiciones... ¡Bah! Más vale educar a los hijos, sumergirse en los libros, trepar al altiplano y velar por las cosechas.

Bajo el viento punero el alma se reconcentra, se oye mejor. Es el retorno a la tierra, al claustro bárbaro y primitivo del Ande. Nieve. Sol radiante. Luz cruda, inverosímil, que ciega los ojos y deslumbra el espíritu. Las grandes montañas se arrodillan sobre el duro altiplano. Los campos se dilatan. Sopla con furia la ventisca, mientras los indios se entregan a la faena agrícola con su técnica rudimentaria y humilde. El altiplano tiene rigores de padre severo y ternuras de nodriza; a una tarde borrascosa sigue el alba serena, henchida de gérmenes secretos. Por este escenario elemental, pasiones e impresiones se aguzan cual puñales buídos. El hombre, en su pequeñez, es cautivado por la magia de la tierra, imantada por el flujo de aires y metales enrarecidos. Físicos y biólogos —allá en Europa— dicen que a dos mil metros la vida humana es casi imposible. Mas los *kollas* viven ya milenios a cuatro mil metros verticales. Su sangre, cruzada con el ario, alimenta un mestizaje joven, mitad indígena, mitad europeo, que respira a pulmón pleno el aire helado de la cordillera, mientras el recio pecho se dilata como la línea elástica de las cumbres.

¡Fuerza misteriosa del Ande! ¡Frescura virginal del mito! Después de la constelación lírica que forman *La Prometheida*, *Nuevos Rubáyát*, *Scherzos* y *Scopas*, prosigue el palpitar galáxico. Versos, siempre versos... Acaso la trágica desolación del altiplano, que sólo el montañés arquitectura con presencias y vigencias interiores; tal vez los "apus", dioses ancestrales del suelo y la tierra misma, eterna y antiquísima como en el tiempo primero, engendran, en alma aimaro-fáustica, la tetralogía estupenda; cuatro maravillosas tragedias líricas: *La Aguileida*, *Aguiles* y *Briseida*, *Los Argonautas*, y una cuarta que aún carece de nominación.

Aquí también, en el escenario elemental y potente de la sierra, crecen las páginas de un *Estudio comparado del Sánscrito y del Aimára*. Siguiendo la etimología del *Diccionario Aimára* del P. Bertonio, compuesto en 1612, Tamayo explica, mediante investigaciones filológicas, etimológicas y eufónicas, la profunda afinidad conceptual y de sentido que existe entre la India milenaria y el Ande primitivo. Por estas páginas religión, filosofía, lingüística y estética se dan

la mano, bordeando las doctrinas esotéricas. &Rayará el libro en aquellas abstracciones coloreadas de la vejez goethiana; o como en Shakespeare, el artista enterrará su vara a la mayor profundidad en la plenitud de la fuerza creadora? El tiempo descorrerá el velo de la tentativa formidable. Un arco de luz sobre los dos polos de altura del pensamiento humano: Ande y Ganges atisbados, unimismados bajo una sola zarpa.

Vigilando la cosecha, en íntimo contacto con el agro, la naturaleza vigoriza al hombre, rejuvenece al poeta. Con método y pausas de reposo, todo andaría bien. Pero los familiares, aterrados, se quejan al médico de casa: don Franz Tamayo regresa casi siempre enfermo del campo; enfermo del alma, que es peor que enfermar del cuerpo. Ha trabajado dos, tres, cuatro días con resistencia pasmosa y olvido de alimento y sueño, hasta que la cruenta vigilia del espíritu rompe la resistencia corporal. Acude, entonces, a un severo régimen, sigue las prescripciones de su médico, se unge en fricciones de aceite, hace ejercicios físicos moderados; y acepta la prohibición de hacer música y escribir versos. Diez, quince días de "cura metódica"; y cuando se siente fuerte... otra vez la fuga al duro trabajo. Así, entre violentas crisis espirituales que destruyen el equilibrio fisiológico, nacen y se agrupan las estatuas del friso creador. Tolstoy, huyendo de Sofía Andreievna para salvar la última serenidad, es menos trágico que este Señor del Ande, escapando de la ciudad al campo en fuga sempiterna de sí mismo.

Vísperas de ancianidad. ¡Soñada, temida ancianidad!

Bolivia se debate entre el cesarismo militar y los ensayos de economía intervenida. ¿Dictaduras? ¿Control de un Estado inorgánico, sin capitales y sin técnicos, sobre las fuerzas productoras? ¡Macaquismo criollo! El socialismo obedece a un estado del alma; expresa una voluntad de superación colectiva; pero en el hecho ha de frustrarse muchas veces antes de alcanzar su meta. La herramienta se embota en la dureza del bloque nacional. ¡Cuánta distancia del torbellino postbélico —pasan sólo cinco años— a los tiempos de Salamanca! El ciudadano formado en el concepto clásico de la política, ciencia de gobernar pueblos, poco entiende de la confusión babélica de izquierdas y derechas a las que se suma una juventud desorbitada y vehemente. Es la pugna de la sangre y del dinero —sugieren astutos mistificadores— como si ambos no fueran sillares de la vieja ambición humana. Es el caos — dicen los viejos. Es la

vida que renace de la lucha y la oposición de los contrarios — replican los jóvenes.

Por el portalón de la casa 84 de la calle Loaiza, sólo cruzan un hombre vestido de negro, sus familiares y la servidumbre. A veces, puertas adentro, se divisan algunos indios que traen productos de la puna. Un pequeño "Opel" ha reemplazado al viejo "Ford". Un callejón vetusto lleva a la escalera que conduce al segundo piso. Mal impresiona el edificio destartado, con su patio vacío y silencioso, las grises paredes, la escalera de crujierte baranda. No es más atractivo el corredor del segundo piso, que parece llevar al refugio de un alquimista. Desprovista de orden y ornamentos, la apariencia exterior es desoladora. La primera puerta, al fondo, abre acceso a un salón de regulares dimensiones; el escenario se transforma. Si afuera declinan las cosas por la indolencia india, aquí dentro todo se ordena y vitaliza por la dinámica occidental. Tapizada con altos cortinajes, la sala ostenta una rica alfombra, un piano de cola, un torso de Afrodita, finos muebles, cuadros y espejos. Atravesando un cancel de vidrios sigue la biblioteca; una tarima con dos mesas y varias lámparas, indican labor diurna y nocturna. Los libros numerosos, en ricas pastas y varias lenguas, se alongan por los muros en cuidadosa simetría. Es la guarida de Fausto.

Quien no escuchó al hechicero en sus horas de sociabilidad benévola; quien no recibió sus enseñanzas sobre el fondo imponente y barroco de esta sala y esta biblioteca que hablan de un misonéismo irreductible, ignora hasta qué grado de sapiencia y elevación moral llega el verbo humano cuando vive traspasado por el genio.

Disertando larga y profundamente sobre los temas más opuestos, Tamayo tiene en suspenso a quien le escucha; tal es su arte de la conversación. Sus juicios revelan una observación extraordinaria de la vida, un conocimiento oceánico de la cultura. Brujo y gran señor participan excelencias. Bajo el doble viento elástico de un discurrir penetrante y una elegancia suprema del idioma indio, mestizo y blanco desaparecen dando paso al arquetipo clásico del Maestro. En esas horas fugaces —que fueron, que ya no pueden ser, porque el grande hombre se divorció del mundo— se pudo pensar lo que fueron Platón, padre del idealismo trascendente, o Sócrates, clava ígnea de elocuencia. Mas el milagro no es la presencia resurrectora de un otro pastor de inteligencias; sino que ella florezca en la aridez del altiplano, donde el humanismo no nació to-

avía en un sentido social. ¿Hay quienes recuerdan la cabeza patética, los labios persuasivos musitando cosas estupendas? Esos privilegiados saben cuál es la cabeza más fuerte de la montaña; saben también que se necesitan siglos para llegar a estas síntesis de humanidad, cada vez menos frecuentes por la invasión de la máquina y del vértigo civilizador.

¿Quién toca el piano?

Imaginad una cabeza beethoviana. Grave ceño. Melena leonada. Ojos negrísimos. De la frente cimera al mentón poderoso tira sus líneas una altanera geometría: ángulos, verticales, curvas y raptos violentos. Cuando el rostro bronceado se sumerge en la penumbra, cobra resplandores de metal. Hecha para el combate, la boca se esfuerza por ser dulce. Arde el mirar, dardeante, fugitivo; o se apacigua como el mar lejano. Penetrada de fuerza, la testa se moviliza sin descanso acompañando todos los movimientos del cuerpo, todas las pasiones de la voluntad. El viejo hechicero gobierna la fábrica somática con precisión diabólica. En la quietud transitoria, esta hermosa y ruda cabeza finge un bronce sacro; en el movimiento, es la tempestad. Testa de rapidez felina, tiene para la acción la fiereza de un guerrero nórdico; y el trance meditativo irradia la magia de una escultura india. ¡Aquí mismo, ahora que se inclina sobre el piano, dijérase el bloque roquero que se despeña con las cóleras del viento!

La esencia demonial atisba. Una "Appassionata" delirante estalla en el "Bechstein". No es la digitación perfecta del virtuoso, mas aquel fuego explosivo, aquella hondura de matices que hacían escapar a Schindler del furor beethoviano. Y otra vez el asombroso parecido: al menos fisonomista, Franz Tamayo evoca la faz sombría, taciturna y poderosa de Ludwig van Beethoven. Los bustos, los retratos, las mascarillas que el mundo venera desde hace más de un siglo, se transfunden y vitalizan en esta cabeza americana, de tez bronceínea, rasgos duros, concentrados y gesto fulminante. Se ve un hombre de espaldas robustas, curvado sobre el piano, mientras los dedos ágiles hieren fuertemente las cuerdas. Es la sordera para el mundo exterior: un recoger de voces hacia la más honda interioridad; penar de químicos alcances que no cubre la intensidad del sonido. Una transposición de la tercera obertura de "Leonora". Improvisaciones sobre un tema del cuarteto Op. 132. Y los tonos célicos de la última sonata para piano, apaciguando el tumulto an-

terior. Lloro sin lágrimas. Pasión sin esperanza. Soledad del grande sin grandezas. Si el mago nórdico alcanza a conocer ráfagas victoriosas que aclaman su genio, el hechicero indio es el solo espectador de su arte. Prometeo, encadenado al Ande, expía su destino.

¿Qué expresa el piano bajo manos y corazón aimáras?

Última encarnación, tardía y postrera encarnación de una raza titánica que se hunde en el olvido... Anuncio del gran mestizaje futuro... Síntesis de humanidad... Presente incierto... Pretérito ignorado... Mañana confuso y enigmático. El hombre del Ande dialoga con el hombre de Bonn. ¡Dolor, dolor humano, siempre el mismo y "siempre joven"! El Septentrión y el Austro baten su tempestad junto a las nieves.

Maestro sin escuela. Pensador sin doctrina. Caudillo sin masas. Artista sin discípulos. Escritor sin lectores. Franz Tamayo es la contradicción pura que se forja y se destruye por sí misma. Su fracaso político labra su grandeza humana. Un ritmo de tragedia clásica preside esta vida singular. Gran apasionado en todas las cosas de la inteligencia y del sentido, es el varón libre y violento para los trances de la voluntad.

De cuantos sueños desmedidos persigue en la lucha con el mundo y con el alma, sólo queda el clamor jadeante de un titán herido: versos como relámpagos, polémicas coléricas, sapientes discursos, prosas incisivas, ideas impares que se pierden como un vuelo de flechas por el cielo andino.

La característica del genio es su divorcio con el tiempo. Bolivia olvida a Franz Tamayo. América le ignora. Hay siete sellos sobre el dorso heptagonal de sus tragedias; y tres más junto al triple enigma del hombre, del pensador y del político. Pero el día que la inteligencia americana madure la comprensión del Fausto aimára, más de una boca le revertirá el terceto inmortal:

Hado sin nombre,
Si no era un Dios, por poco
Fué todo un hombre!

FERNANDO DIEZ DE MEDINA,
La Paz.